

Presentación

«La filosofía se ha retirado de la escena. Terminó la época en que vivían un Martin Heidegger, un Bertrand Russell y un Jean Paul Sartre. Ya no vale la pena interesarse en lo que dicen los filósofos.» Para quienes se ocupan profesionalmente de la filosofía, los comentarios de este tenor son moneda frecuente. Buena parte del público ha perdido sus puntos de referencia filosóficos y tiene la sensación de que en este campo no se está produciendo nada digno de atención. Parecería que de la filosofía hay que hablar en pasado. Mientras otras disciplinas (la sociología, la semiótica, la historia) han estado muy activas en los últimos años, los filósofos dan la impresión de haber perdido su impulso y su capacidad creativa.

Curiosamente, entre los filósofos profesionales la sensación que predomina es exactamente la inversa. Estamos en un gran momento de la filosofía. Se está produciendo mucho y de muy buena calidad. Hay grandes pensadores en actividad cuya influencia seguramente se va a sentir durante largo tiempo. Más aun, mientras algunas de las disciplinas que tuvieron un mayor desarrollo en los años setenta y ochenta parecen iniciar un repliegue, la filosofía tiende a recuperar terreno. En las universidades del hemisferio norte está aumentando la demanda de cursos filosóficos y, en consecuencia, están creciendo los departamentos dedicados a la disciplina. Asimismo aumenta el número de revistas especializadas. Y, entre los autores que hacen vivir con sus ventas a las editoriales académicas, los filósofos están teniendo un peso nada despreciable.

¿Cómo explicar un contraste de percepciones tan marcado? ¿Cómo entender que, mientras desde fuera muchos la ven al borde de la muerte, vista desde dentro la filosofía parece excepcionalmente viva? Al menos dos respuestas parecen tener cierta pertinencia.

En primer lugar, y tal como ocurre con casi todas las disciplinas, la filosofía se ha vuelto más profesional, más técnica y más especializada. Los autores tienden a trabajar sobre problemas más acotados que en el pasado, se sirven de una jerga profesional relativamente opaca y, al menos en algunas áreas, apelan sin piedad a los formalismos. Además, se ha fortalecido la idea de que la investigación filosófica es una tarea colectiva, de modo que casi todo lo que dice un filósofo

está en diálogo con lo que otros filósofos han dicho o están diciendo en ese mismo momento. La idea de autarquía intelectual está en retirada, lo que implica que, para comprender cabalmente lo que nos dice un autor, hay que estar mínimamente al tanto de las discusiones en las que participa.

En segundo lugar, los filósofos se han vuelto reacios a asumir compromisos políticos específicos a partir de su condición de intelectuales. Lo que dio fama internacional a Bertrand Russell no fue tanto lo que escribió en sus *Principia Mathematica* como su actitud militante contra el armamentismo. Los discursos de Sartre a los obreros de la Renault durante el mayo francés lo hicieron mucho más popular que los pasajes más populares de *El ser y la nada*. Pero el problema es que, como resulta claro a la distancia, un filósofo puede equivocarse como cualquiera cuando asume posturas en tanto ciudadano. Hoy se tienen pruebas fehacientes de que el movimiento pacifista de Russell fue burdamente manipulado por los servicios de inteligencia soviéticos. Muchas de las cosas que dijo Sartre en sus discusiones políticas con Raymond Aron merecen el más piadoso de los olvidos. Y eso para no hablar de la militancia nazi de Martin Heidegger, a quien muchos consideran uno de los más grandes filósofos del siglo.

Por más competente que sea un filósofo en su disciplina, eso no le da ninguna clarividencia especial en materia política. Esta lección de humildad fue debidamente asimilada por la mayoría de los filósofos que trabajan en la actualidad, lo que los privó de una importante vitrina. Por cierto, esto no significa que los filósofos se hayan desvinculado de la cosa pública. De hecho, nunca su opinión fue tan tenida en cuenta como ahora cuando se trata de elaborar políticas sociales o de realizar tareas de diseño institucional.¹ Pero lo que ha tendido a desaparecer es el filósofo que toma públicamente partido por una causa política *en tanto filósofo*. Esto era muy frecuente hace veinte o treinta años, pero ha dejado de serlo ahora.

Por estas razones, y probablemente también por otras, el vínculo entre los filósofos profesionales y al menos parte del público lector se ha vuelto más difícil de lo que era hace unas décadas. Pero esto no quita que estemos en un momento de gran producción filosófica y de creciente influencia de la filosofía sobre el trabajo que se realiza en otras disciplinas. El pensamiento de filósofos como Jürgen Habermas o John Rawls es cada vez más tenido en cuenta por sociólogos,

¹ Por citar algunos ejemplos: cuando hace algunos años el Parlamento británico decidió introducir ciertas normas que regularan la comercialización de material pornográfico, creó una comisión especial que estuvo presidida por Bernard Williams, un conocido filósofo de Oxford. Cuando a principios de los noventa el Congreso estadounidense elaboró una ley de reafirmación de la libertad religiosa, reunió un comité de expertos en el que se encontraban varios filósofos profesionales. En Francia, muchos asuntos públicos son sometidos a la consideración de un Comité Nacional de Ética financiado por el estado en el que figura más de un filósofo. En Canadá, el filósofo Will Kymlicka participa activamente en el diseño de políticas de protección cultural a la minoría esquimal.

politólogos y analistas culturales. El diálogo entre filosofía y economía gana en intensidad, hasta el punto de que el último premio Nobel de economía, Amartya Sen, ha publicado en los años recientes más textos filosóficos que económicos. La teoría y la práctica jurídica están crecientemente marcadas por el pensamiento de filósofos como Ronald Dworkin o Joseph Raz. Autores abundantemente leídos por quienes no se dedican profesionalmente a la filosofía (por ejemplo, Stanley Cavell) tienen una fuerte apoyatura filosófica. Si hubiera que elegir un momento del siglo XX respecto del que pudiera decirse que la filosofía académica está pisando fuerte, probablemente no se encuentre otro mejor que éste.

Esta constatación paradójica (la pérdida de contacto con una parte importante del público lector en un momento de alta producción filosófica) fue lo que llevó al Instituto de Filosofía de la Universidad Católica a organizar un ciclo en el que se presentara el pensamiento de algunos filósofos contemporáneos, en el más estricto sentido del término. El ciclo recibió el título de *Filósofos vivos* y se realizó entre julio y setiembre de 1998. Al concentrarse exclusivamente en filósofos que estuvieran en vida, el ciclo perdía la posibilidad de incorporar algunos autores que han tenido enorme influencia en la segunda mitad de este siglo. Pero aseguraba una condición de estricta actualidad que era parte del mensaje que se intentaba transmitir.

La filosofía, por cierto, es un área heterogénea y difícil de abarcar. Tratar de cubrir todos sus dominios suponía un fuerte riesgo de arbitrariedad. Por esta razón se tomó la decisión de presentar exclusivamente filósofos que hubieran realizado aportes en el campo de la filosofía práctica, es decir, de la filosofía orientadora de la acción individual o colectiva. Esto tenía el costo de dejar fuera de consideración algunos dominios filosóficos que (como la lógica o la epistemología) tuvieron un enorme desarrollo en el correr del presente siglo, pero al mismo tiempo permitía aspirar a un mayor grado de representatividad.

Los filósofos finalmente retenidos fueron Alasdair MacIntyre, John Rawls, Ronald Dworkin, Hans-Georg Gadamer (un portento de longevidad, dado que nació en el 1900), Jürgen Habermas, Bonnie Honig y Paul Ricœur. Para la presentación de cada uno de estos autores se seleccionó un expositor que estuviera especialmente familiarizado con su obra. Dos de ellos fueron extranjeros: el español Augusto Hortal y el holandés Gijs Van Oenen. Todos los demás fueron uruguayos.

La presente entrega de *Prisma* reúne los textos que sirvieron de base a las diferentes conferencias, con dos variantes que corresponde resaltar. El profesor Van Oenen debió cancelar a último momento su visita a Uruguay, de modo que su conferencia no pudo realizarse. Lo que se presenta aquí es el texto que tenía previsto presentar. En sentido inverso, la conferencia sobre Jürgen Habermas, dictada por el profesor Miguel Andreoli el 6 de agosto, no pudo ser incluida en este número. En todos los demás casos, los textos constituyen la base de lo que se presentó al público durante el desarrollo del ciclo.

Considerados en conjunto, estos materiales no aspiran ni deben aspirar a nin-

gún tipo de exhaustividad. Nunca fue ése el objetivo con el que fueron reunidos. Pero la variedad de ideas que presentan, y la variedad de métodos empleados para presentarlas, pueden dar una idea de la riqueza que encierra la filosofía práctica de fines del siglo XX. Si el lector tiene la sensación de asomarse a un mundo diverso, intelectualmente desafiante y fértil en propuestas normativas, entonces se habrá cumplido el propósito que anima a esta entrega de *Prisma*.